

SAMUEL P. HUNTINGTON

**EL CHOQUE DE LAS CIVILIZACIONES Y LA RECONFIGURACIÓN
DEL ORDEN MUNDIAL**

UNA VISIÓN PESIMISTA DEL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Por VICENTE HUESO GARCÍA

HUNTINGTON, Samuel P. *The clash of civilizations and remaking of world order*, 1^a edición editada en 1997 en Nueva York por Simon and Schuster (1^a edición española traducida en 1997 y publicada por Ediciones Paidós en Barcelona), 12 capítulos, 422 pags.

El autor es profesor de Ciencias Políticas y director del John M. Olin Institute for Strategic Studies de la Universidad de Harvard. En 1977 entró a formar parte del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca hasta 1978. Miembro de la Presidential Task Force on International Development (1969-1970), de la Commission on the United States-Latin American Relations (1974-1976) y de la Commission on Integrated Long-Term Strategy (1986-1988), así como presidente del Defense and Arms Control Study Group of the Democratic Advisory Council (1974-1976), es autor de libros como *The soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations* (1975), *The Common Defense: Strategy Programs in National Politics* (1961), *El orden político en las sociedades en cambio* (1968) y *La tercera ola* (1991).

La obra resulta particularmente atrayente para aquellos que se interesen por la sociología de los conflictos y de las relaciones internacionales. El desarrollo y lenguaje empleados son asequibles tanto al mundo militar como universitario.

Cuando se aproxima el final de un milenio se suscita habitualmente el debate geopolítico sobre dónde se encuentra y hacia dónde avanza la sociedad internacional. El final del siglo XX, donde nos hallamos, no es una excepción, pero además, ciertos acontecimientos, como el fracaso de las ideologías marxistas o la reunificación de Alemania, han avivado todavía más ese discurso.

¿Quiénes serán en el próximo siglo los principales actores internacionales? ¿Qué tipo de relaciones predominarán, de cooperación o de conflicto? ¿Cómo se estructurará el poder mundial? ¿Cuáles serán las causas y orígenes de los próximos conflictos? ¿Cuál será, en definitiva, el orden mundial? Son cuestiones, todas ellas, que se someten al estudio y consideración de intelectuales y pensadores. Así, en los últimos años se aprecian dos posiciones a la hora de responder a estos interrogantes. La visión optimista está encabezada por Francis Fukuyama, manifestada por mediación de su obra «El final de la Historia». La perspectiva pesimista se encuentra representada por Samuel Huntington cuya tesis, expuesta en «el choque de las civilizaciones», intenta socavar los argumentos optimistas.

En 1993, Samuel Huntington publicaba en la revista Foreign Affairs un artículo titulado «The Clash of Civilizations?» («El choque de las civilizaciones»). Dicho artículo levantó las reacciones y los comentarios más diversos a favor y en contra de las tesis allí vertidas por el autor. Dado el interés suscitado, Huntington decidió escribir el presente libro para dar una argumentación más completa y documentada a los juicios expresados en aquel artículo.

El tema central de la obra de Huntington es que:

«Las identidades culturales, que en su nivel más amplio son las civilizaciones, están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra fría».

A juicio del autor, los conflictos en el futuro no tendrán como principal causa raíces ideológicas o económicas, sino más bien culturales.

«El choque entre las civilizaciones dominará la política a escala mundial; las líneas divisorias entre las civilizaciones serán los frentes de batalla del futuro».

A medida que la gente se vaya definiendo por su etnia o religión, Occidente se encontrará más y más enfrentado con las civilizaciones no occidentales que rechazarán frontalmente sus más genuinos ideales y valores. Para Huntington, los conflictos que han de venir estarán localizados en las líneas de separación de las diferentes civilizaciones.

Para demostrar su tesis, el autor divide el libro en cinco partes. En la primera parte, Huntington quiere llevar al lector a la convicción de que después de la caída del comunismo, y a pesar de la creencia generalmente extendida, no se está produciendo en la sociedad internacional una occidentalización de la misma, ni tampoco ninguna civilización reúne los requisitos básicos para convertirse en universal; más bien la sociedad actual tiene, cada vez más, un carácter multicultural y multipolar. En la segunda parte, analiza cómo se está realizando un cambio de equilibrio de poder entre las civilizaciones y los efectos desestabilizadores que tal proceso tendrá en el orden mundial a largo plazo. En la tercera parte se encuentra la argumentación central de la tesis inicial: el nuevo orden mundial basado en las civilizaciones condiciona las relaciones entre los actores internacionales. Los que comparten afinidades culturales tenderán a una mayor cooperación; por el contrario, la cooperación entre sociedades de civilizaciones distintas será más turbulenta. En el cuarto capítulo, estudia cómo las pretensiones de los estados centrales de occidente en convertir su civilización en universal provocará cada vez más conflictos con otras civilizaciones. Las guerras, a juicio de Huntington, tendrán lugar principalmente en las líneas de fractura (líneas de división) de las civilizaciones. En el quinto y último capítulo, afirma que una nueva guerra mundial sólo se podrá evitar si los líderes mundiales aceptan la naturaleza de ese nuevo orden mundial.

El desplome del sistema bipolar ha supuesto, según el autor, que las distinciones ideológicas y políticas que unían o separaban a los pueblos hayan perdido sentido; por otro lado, el derribo de las barreras ideológicas ha acelerado el fenómeno de la globalización debido a la técnica, a las comunicaciones, a la producción y al comercio. Todo ello ha contribuido a una crisis de identidad en el mundo como reacción a esa globalización. La gente necesita tener un marco de referencia, una identificación, por eso se vuelven a buscar las raíces religiosas, culturales y familiares. Como Huntington afirma:

«Las personas definen su identidad por lo que no son; a medida que el incremento de las comunicaciones, el comercio y los viajes multiplican las interacciones entre civilizaciones, la gente va concediendo cada vez más importancia a su identidad desde el punto de vista de la civilización».

La entidad cultural más amplia es la civilización. Aunque todas las civilizaciones se caracterizan por tener en común unos valores, costumbres, instituciones e historia, la religión es la característica definitoria básica de las civilizaciones. Christopher Dawson apoya esta afirmación, al observar que

las grandes religiones son los fundamentos sobre los que descansan las grandes civilizaciones. Por eso el resurgimiento religioso está aparejado al auge de las civilizaciones. De las cinco religiones mundiales que distinguía Max Weber, cuatro (cristianismo, islam, hinduismo y confucionismo) son grandes civilizaciones.

Al analizar la conexión entre civilización y religión, Samuel Huntington ofrece unas percepciones importantes sobre el papel de la religión como fuerza cultural en la política (y, en particular, sobre la estrecha conexión entre la democracia y la Cristiandad, especialmente la protestante o evangélica). Las democracias más liberales hoy en día se encuentran en los países cristianos; incluso la transición de Corea del Sur a la democracia, señala, siguió a la conversión de gran número de personas a la fe cristiana. De forma similar, las revoluciones democráticas de Latinoamérica en la década de 1980 coincidieron con una reconversión de un importante número de latinoamericanos del catolicismo romano a las religiones evangélicas más individualistas.

Posteriormente el autor se pregunta: ¿está el mundo convergiendo hacia una civilización universal? El fracaso de la ideología comunista hacía suponer el final de todo conflicto importante y el comienzo de un mundo relativamente armonioso. Fukuyama sostenía que: «*el punto final de la evolución ideológica del género humano y la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno humano*».

Como este autor, otros afirmaban que estábamos siendo testigos, al final del siglo XX, del nacimiento de una civilización universal y ésta no podía ser otra que la civilización Occidental. Huntington es reticente a aceptar la implantación de una civilización única en el mundo y mucho menos a que hipotéticamente pudiera ser la Occidental. Considera que:

«*Las distintas sociedades comparten ciertos valores básicos, como que el asesinato es malo, y ciertas instituciones básicas, como alguna forma de familia, no significan que se avanza hacia una civilización universal, ya que esas características comunes son propias de la humanidad, de la naturaleza del ser humano. Si el término civilización se eleva y restringe a lo que es común a la humanidad como un todo, o hemos de inventar un nuevo término para referirnos a los agrupamientos culturales más amplios, pero inferiores a la humanidad global, o tenemos que dar por sentado que esos vastos agrupamientos de amplitud inferior (civilización, nación, tribu, etc.), a la humanidad se están esfumando*

El autor plantea una de las partes más controvertidas de su tesis, demostrar que no se está produciendo una «occidentalización» en la tierra. Para ello subraya la diferencia entre valores culturales, modernidad y formas políticas.

Primero, el universalismo es la ideología de Occidente en sus confrontaciones con las culturas no occidentales. «*Lo que para Occidente es universalismo para el resto del mundo es imperialismo*». Occidente intenta, para mantener su posición preeminente y defender sus intereses, que estos sean los intereses de la comunidad internacional. Ese pretendido universalismo de Occidente tendrá en el futuro menor consistencia porque su civilización ha iniciado el declive, que se manifiesta en varios campos, aunque todavía seguirá siendo la civilización predominante hasta bien entrado el siglo XXI. Occidente está perdiendo control sobre el territorio (66 millones de km² en 1920 a 32,5 millones de km² en 1993); está disminuyendo su población mundial (48% de la población mundial en 1920 al 13% en 1995); está perdiendo cuota de producción económica (en 1950 poseía el 64% del PIB mundial; en 1992 apenas llega al 49%); y también en potencial militar, aunque sólo en los aspectos cuantitativos.

El espacio dejado por un cuerpo tiende a ser ocupado inmediatamente por otro, la decadencia de Occidente está dando origen al ascenso de otras civilizaciones, fundamentalmente la sínica y la islámica. El autor observa dos procesos aparejados, si bien evolucionan en sentido contrario. El declinar de una civilización significa una menor capacidad para imponer o transmitir al resto del mundo su conducta y valores, al tiempo que los que emergen adquieren mayor confianza en los valores e instituciones que los sustentan, provocando un resurgimiento de su cultura, que de forma gráfica denomina, «indigenización». Por tanto, a la vista de este proceso descrito, la «occidentalización» está en franco retroceso, si bien nunca sigue una línea recta, más bien sufre avances y retrocesos, primero por la perdida paulatina de fuerza de esa civilización, Occidente, y segundo por el auge de las otras, especialmente las situadas en el sureste asiático y el islam.

Por otro lado, en opinión de Huntington, modernización no significa necesariamente occidentalización que:

«*Las sociedades no occidentales se pueden modernizar y se han modernizado de hecho sin abandonar sus propias culturas y sin adoptar indiscriminadamente valores, instituciones y prácticas occidentales*».

La modernización, por el contrario, desde el punto de vista del autor, fortalece esas culturas y reduce el poder relativo de Occidente. Y agrega que «*en muchos aspectos, el mundo se está haciendo más moderno y menos occidental*». Pone como ejemplo que, además de Japón, Singapur, Taiwán, Arabia Saudí y, en menor grado Irán, se han convertido en sociedades modernas sin hacerse occidentales. Sin embargo, Japón culturalmente no pertenece al Oeste, y difiere de Singapur, Arabia Saudí y especialmente de Irán por tener un sistema político basado en una democracia liberal. Esto no significa que los occidentales se sientan como en casa dentro de la sociedad japonesa y viceversa. Adoptar una determinada forma política, en este caso una democracia liberal, tampoco significa occidentalización, pues por eso no se quebranta su cultura. En sentido contrario, tampoco significa que los norteamericanos, que en la década de los setenta y ochenta, consumieron millones de coches, televisores, cámaras y artículos electrónicos japoneses se «niponizaron», es más, se volvieron considerablemente más hostiles respecto a Japón. Concluye con otro ejemplo clarificador:

«En un lugar cualquiera de Oriente próximo u Oriente medio, media docena de jóvenes podrían perfectamente vestir vaqueros, beber Coca-Cola, escuchar rap y, entre inclinación e inclinación hacia La Meca, montar una bomba para hacer estallar un avión estadounidense de pasajeros».

Samuel Huntington cree que el resurgimiento, en el mundo contemporáneo, de la identificación cultural por encima de otras identificaciones como la ideológica, está produciendo nuevas afiliaciones y antagonismos en todo el globo. Las relaciones de cooperación o de conflictividad entre los principales actores internacionales están condicionadas por la identificación cultural. La cultura común estimula la cooperación entre Estados y grupos que comparten dicha cultura, fenómeno que se puede constatar en las distintas modalidades de asociación que están surgiendo entre países de la misma civilización. Ello se debe a que los componentes de las alianzas o asociaciones requieren para su cooperación confianza, y la confianza brota muy fácilmente de los valores y la cultura comunes. Así, el éxito de la OTAN se ha debido en gran parte al hecho de que es la organización central de seguridad de unos países occidentales con valores y presupuestos filosóficos comunes. Por el contrario la OSCE y la ASEAN, son organizaciones multiculturales, con valores e intereses dispares, planteando obstáculos importantes a que ambas organizaciones desarrollen plenamente sus funciones estatutarias.

Aplicando los mismos criterios de identificación cultural, se puede entender el comportamiento de la OTAN a la hora de incluir en una primera ampliación a países que tradicionalmente han sido parte de la cristiandad occidental (Polonia, Hungría y la República Checa). Sin embargo, no se ha invitado a Bulgaria o Rumanía, países que pertenecen al mundo ortodoxo. En clave también civilizacional se puede interpretar la falta de entusiasmo de los Estados parte de la Unión Europea para que Turquía ingrese en la Unión. A pesar de que este país islámico ha sido un importante bastión de la OTAN durante la guerra fría, es improbable que en un escenario donde imperan los valores culturales, ingrese Turquía en una organización eminentemente occidental como la UE. El caso que aparentemente rompe la tesis del libro es Grecia, pero según el autor, esta Nación ha sido la patria de la civilización clásica y, a diferencia de los turcos, los griegos se han considerado a lo largo de la historia vanguardia del cristianismo.

Él observa que el mundo de las civilizaciones desarrolla sus propias estructuras, al igual que existieron durante la guerra fría. Cada civilización suele tener Estados centrales, que son los líderes de dicha civilización, normalmente los más poderosos y culturalmente más fundamentales. El número y papel de los Estados centrales varía de una civilización a otras y puede cambiar con el tiempo. Las civilizaciones sínica, ortodoxa e hindú tienen cada una un Estado central abrumadoramente dominante (China, Rusia y la India respectivamente). Occidente cuenta con Estados Unidos y, en Europa, el núcleo franco-alemán, con Gran Bretaña como centro adicional de poder a la deriva entre ambos. El islam, Latinoamérica y África carecen de Estados centrales. Esto se debe en parte al imperialismo de las potencias occidentales, que se repartieron África, Oriente Próximo y Medio y, en siglos anteriores y de forma menos decisiva, Latinoamérica.

El hecho que una civilización emergente como la islámica no tenga uno o varios Estados centrales, es un factor de inestabilidad, pues como él afirma: «*Una conciencia sin cohesión es una fuente de debilidad para el islam y fuente de amenaza para otras civilizaciones*». Pero esta situación prevalecerá en el futuro, pues no hay ningún Estado musulmán que disponga de la suficiente capacidad de liderazgo para convertirse en Estado central de esa cultura.

La identificación cultural también es y será la principal fuente de inestabilidad. Los conflictos serán predominantemente «intercivilizatorios», adaptando dos formas, que según Huntington son:

«En el plano particular o micronivel, los conflictos de línea de fractura se producen entre Estados vecinos pertenecientes a civilizaciones diferentes, entre grupos de diferentes civilizaciones dentro de un Estado... En el plano mundial o universal, los conflictos de Estados centrales se producen entre los grandes Estados de diferentes civilizaciones».

El primer gran conflicto entre civilizaciones de la posguerra fría ha sido la guerra del Golfo, con anterioridad la guerra soviético-afgana. Los diferentes conflictos acontecidos en la antigua Yugoslavia también han sido conflictos de línea de fractura. Si bien, las guerras entre diferentes clanes, tribus, grupos étnicos, comunidades religiosas y naciones no son una novedad, ya que han predominado en todas las épocas.

Este tipo de guerras tiene en común con las guerras colectivas en general, que son conflictos prolongados; son difíciles de resolver mediante negociaciones y compromisos; son guerras intermitentes con períodos de gran violencia, alternados con otros de baja; y tienden a producir altas cifras de muertos y refugiados. Por el contrario, se diferencian de las guerras colectivas, en que las guerras de líneas de fractura se producen casi siempre entre pueblos de religiones diferentes; y en que estas guerras son, por definición, entre grupos que forman parte de entidades culturales mayores, siendo propensas a la internacionalización.

Algunas civilizaciones son más propensas al conflicto que otras. En el ámbito local, los musulmanes son, en la última década, la civilización más belicosa con sus vecinos no musulmanes. Aproximadamente de dos terceras a tres cuartas partes de las guerras entre civilizaciones eran entre musulmanes y no musulmanes. Además, los Estados musulmanes han sido muy adictos a recurrir a la violencia en crisis internacionales, empleándola para resolver 76 de 142 crisis en que estuvieron implicados entre 1928 y 1979. Estos datos le llevan a concluir que:

«La belicosidad y violencia musulmanas son hechos de finales del siglo XX que ni musulmanes ni no musulmanes pueden negar»

Las razones de esta agresividad se sintetizan en razones históricas; en las pautas demográficas seguidas por los países musulmanes que producen presiones políticas, económicas, sociales y en ocasiones conducen a medidas militares en las líneas de fractura del islam; y en la falta de integración, por un lado, de las minorías musulmanas en civilizaciones no musulmanas, y en la falta, por otro lado, de voluntad de los mismos musulmanes en incorporar a las minorías no islámicas residentes en sus territorios.

A nivel mundial, los enfrentamientos más intensos tienen lugar entre sociedades musulmanas y asiáticas, especialmente la sínica, por una parte, y Occidente, por otra. Aunque las civilizaciones islámica y sínica difieren en puntos fundamentales desde el punto de vista de la religión, la cultura, la estructura social, las tradiciones, la política y los supuestos básicos que se encuentran en las raíces de su forma de vida, sin embargo, ambas consideran que Occidente es el enemigo a batir, pues la civilización occidental intenta exportar su modelo de vida para mantener su imperialismo. La lucha de Occidente para frenar la proliferación de armas, especialmente las de destrucción masiva, es visto por estas civilizaciones como un medio occidental para seguir manteniendo su superioridad militar. La promoción de los valores democráticos y los derechos humanos, dentro de Estados que están teniendo grandes éxitos económicos, son considerados intromisiones en asuntos internos, dirigidos para combatir su expansión económica. Además, el éxito económico aumenta la confianza en los valores propios, especialmente en el caso confucionista, lo que les hace más inmunes a los valores occidentales y produce rechazo, por parte de estas civilizaciones, ante cualquier presión que intente convertirlos al occidentalismo. Finalmente, la emigración hacia los países occidentales está originando grandes desequilibrios étnicos en los Estados más desarrollados del mundo libre. Esta situación es vista por Occidente como un problema de seguridad. La xenofobia de los pueblos hacia los inmigrantes no occidentales junto con las políticas de inmigración restrictiva, crea resentimiento en las civilizaciones que exportan emigrantes, especialmente en la islámica.

Todas estas razones son las que llevan al autor a deducir que la conflictividad con Occidente aumentará en el futuro, siempre y cuando Occidente no maneje las estrategias apropiadas para minimizar esas diferencias. Una conflagración mundial entre las principales civilizaciones, bajo los auspicios de los Estados centrales, es improbable pero no imposible. Los conflictos serán locales en las líneas de fractura de las civilizaciones, que se podrán ir ampliando según los diferentes Estados apoyen a sus homólogos «civilizatorios».

Estos conflictos podrán ser aminorados según la capacidad de comprensión y cooperación de los líderes políticos e intelectuales de las principales civilizaciones del mundo. Huntington termina su tesis afirmando que:

«En la época que está surgiendo, los choques de civilizaciones son la mayor amenaza para la paz mundial, y un orden internacional basado en las civilizaciones es la protección más segura contra la guerra mundial».